HARLEQUIN™

Saga «Escándalos de sociedad»

ANNE HERRIES



Amor atormentado

Anne Herries



Amor atormentado

HARLEQUIN™

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Hermosilla, 21
28001 Madrid

© 2002 Harlequin Books S.A. Todos los derechos reservados.
AMOR ATORMENTADO, Nº 30 - 3.10.07
Título original: Counterfeit Earl
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-5629-4
Depósito legal: B-36378-2007
Editor responsable: Luis Pugni
Impresión y encuadernación: LITOGRAFÍA ROSÉS, S.A.
C/. Energía, 11. 08850 Gavá (Barcelona)
Fecha impresión Argentina: 31.3.08
Distribuidor exclusivo para España: LOGISTA
Distribuidor para México: CODIPLYRSA
Distribuidores para Argentina: interior, BERTRAN, S.A.C. Vélez Sársfield, 1950. Cap. Fed./ Buenos Aires y Gran Buenos Aires, VACCARO SÁNCHEZ y Cía, S.A.
Distribuidor para Chile: DISTRIBUIDORA ALFA, S.A.

Uno

Abril, 1812

El capitán Jack Denning se acurrucó junto a la hoguera. Incluso en verano las noches podían ser muy frías en las montañas de España, cuyas cumbres eran frecuentemente engullidas por un denso manto de niebla.

Aquella noche no había niebla, pero Jack tiritaba de frío y temía que nunca más volviera a entrar en calor.

—¿Aún tiene frío, capitán?

Jack levantó la cabeza al oír la voz de su sargento y amigo Brett. A la luz del sol, que empezaba su lento descenso hacia el mar, pudo

ver su expresión atormentada y sus ojos enrojecidos por la enfermedad y la falta de sueño.

—Son los últimos coletazos de la fiebre —dijo Jack—. Estaré bien dentro de unos minutos.

—Si ha descansado, deberíamos ponernos en marcha —sugirió Brett—. Tendremos que viajar toda la noche si queremos llegar al barco antes de que cambie la marea.

—Sí, lo sé. Prepara los carros, sargento. Yo me encargaré del fuego.

Jack se levantó mientras Brett se alejaba para cumplir las órdenes. Pateó la madera incandescente con la punta de la bota y frunció el ceño. Su aspecto no era el más agraciado en aquellos momentos. Parecía consumido y demacrado, con el pelo largo y enmarañado, y una venda manchada de sangre en la cabeza que lo asemejaba a un pirata sanguinario.

Maldición… Eso es lo que eran. Los matones de Old Hooky. «La escoria del mundo», como los llamaba el vizconde Arthur Wellington de Talavera, comandante en jefe de los ejércitos británicos en la Península. Y tenía razón, por todos los demonios.

—Que Dios nos perdone —masculló Jack mientras echaba tierra sobre las cenizas. No era conveniente dejar que el fuego volviera a encenderse una vez que hubieran levantado el campamento. Había demasiados enemigos en aquellas montañas, entre los que se incluían los supuestos aliados españoles.

En vez de mostrar su agradecimiento a Wellington por la soberbia campaña militar que había conseguido una victoria tras otra en las últimas semanas, los orgullosos generales españoles habían causado varios contratiempos y algunas de las bandas de guerrilleros que merodeaban por aquellas colinas habían empezado a atacar a los británicos además de a los franceses.

—Y que Dios nos condene... ¡Maldito seas, Wellington!

Habían pasado doce días desde la conquista de Badajoz, y tres días desde que su comandante lo había hecho llamar.

—Quiero que vuelvas a casa, Denning. Estarás a cargo de los heridos y mutilados, hombres que nunca volverán a luchar. Tu misión será llevarlos hasta la costa y embarcarlos rumbo a Inglaterra. Y tú zarparás con ellos.

—Mis heridas no son más que unos rasguños superficiales, señor. He estado con fiebre varios días, pero ya vuelvo a estar listo para cumplir con mi deber. ¿Me permite volver con mi unidad después de haber puesto a salvo a los heridos?

—¡Maldita sea, capitán! ¿Es que no reconoce una orden? El príncipe regente ha ordenado su regreso. Usted ya ha hecho todo lo que podía, Denning… y todos sabemos muy bien el valor de su sacrificio. Voy a recomendarlo para que lo condecoren por su valor al enfrentarse al enemigo…

—¿Por enfrentarme al enemigo? —repitió Jack, levantando las cejas.

—Eso es —aseveró Wellington—. Los dos sabemos lo que ocurrió, Denning, y cuáles fueron las consecuencias. Las cosas se han puesto difíciles en casa, y estoy en una situación delicada. Tengo que pedirle que mantenga en secreto algunas cosas. Todo se sabrá a su debido tiempo, pero de momento es mejor así. ¿Entiende lo que quiero decir?

Jack inclinó rígidamente la cabeza.

—Nunca me he ido de la lengua, señor. No

me enorgullezco en absoluto por lo sucedido. Tendré que cargar con la vergüenza hasta el día de mi muerte.

—¡No diga tonterías, Denning! Usted no nada tiene nada por lo que avergonzarse —espetó Wellington, frunciendo el ceño mientras maldecía por dentro al idiota que lo obligaba a enviar a aquel hombre de vuelta a casa. Denning debería quedarse a librar el resto de la campaña. Sólo en el fragor de la batalla podría olvidar los horrores que acechaban en su mirada—. No piense que soy yo quien ha ordenado su regreso. La orden viene del conde de Heggan. Siendo una orden del príncipe regente, no puedo desoírla.

A Jack no le quedaba más que regresar inmediatamente a Inglaterra, pero un profundo resentimiento le roía las entrañas. Su comandante le había ordenado regresar y eso sería lo que hiciera, pero por nada del mundo volvería a aquella casa vieja y abandonada en la que había nacido. Si el conde de Heggan quería hablar con su nieto, tendría que ir a buscarlo él mismo.

Jack había jurado que nunca volvería a pisar

la casa de su padre, y mantendría su palabra a toda costa.

—¿Es una carta de Beatrice lo que estás leyendo? —preguntó el señor Bertram Roade al entrar en el salón aquella mañana de finales de junio y encontrarse a su hija leyendo una carta con el ceño fruncido—. ¿Qué cuenta tu hermana, Olivia?

—Me pide que vaya a visitarla —respondió Olivia, levantando la mirada con una sonrisa. Sospechaba que su padre echaba de menos a Beatrice mucho más de lo que quería admitir—. Ella y Harry se van pronto a Brighton y le gustaría que los acompañase.

—Ah… —los ojos del señor Roade brillaron tras sus gafas—. Me pregunto si será un buen momento para empezar mi trabajo en Camberwell. He hecho grandes progresos desde la última vez que hablé con Ravensden.

—Bellows también ha traído una carta para ti, papá —dijo Olivia—. Está sobre el aparador. Creo que es de lord Ravensden.

—La leeré enseguida. Harry siempre me es-

cribe unas cartas muy interesantes. Tiene una mente prodigiosa, ese chico.

Se abalanzó sobre la carta con entusiasmo, le sonrió a su hija y se retiró a su estudio.

Olivia se quedó sola en el salón, pero no volvió inmediatamente a su carta. La dejó en la mesita que tenía junto a ella, junto a su bordado y un libro de poemas que había estado leyendo cuando le llevaron el correo. La carta de su hermana la había dejado un poco inquieta.

Desde que Beatrice se casara con lord Ravensden, seis meses atrás, le había escrito varias veces a Olivia para pedirle que se fuera a vivir con ella. Hasta el momento, Olivia había dado varias excusas, la más sincera de todas era que se sentía en la obligación de pasar un poco más de tiempo con su padre y con la tía Nan.

Se levantó con un suspiro y se acercó a la ventana para contemplar el exterior. Roade House estaba emplazada en una pequeña colina a las afueras de Abbot Giles. En una tarde despejada de verano como aquélla, podía verse el campanario de la iglesia y los tejados de algunas casas… Y a lo lejos se divisaba la siniestra abadía Steepwood.

¡Cuánto la asustaba aquel lugar! En los últimos meses habían tenido lugar sucesos espantosos en la abadía, como el brutal asesinato del marqués de Sywell en su propio dormitorio y con su propia navaja de afeitar.

Un estremecimiento recorrió sus venas al pensar en los giros inexplicables del destino. Sólo unos meses antes, cuando había ido a vivir con Beatrice y con su padre en Abbot Giles, la joven marquesa había desaparecido. Olivia estaba convencida de que lady Sywell había sido asesinada por su marido, y a pesar de todos los rumores, pues los más recientes la responsabilizaban por la muerte de su esposo, Olivia seguía pensando que el cuerpo de la marquesa debía de estar escondido en las tierras de la abadía.

No se había creído ni por un momento que la marquesa fuera la asesina de su marido. Según se contaba, el marqués había luchado encarnizadamente por su vida. Era un hombre grande y fuerte como un toro. Una mujer como su esposa no habría podido con él.

No, no podía haber sido ella, pensó. Sin embargo, fuera quien fuera el asesino, debía de

conocer muy bien la abadía. Corrían rumores de todo tipo, pero Olivia creía que había sido un simple trabajador o quizá un criado al que el marqués hubiera despedido injustamente. En los últimos meses se hablaba de que la marquesa se había fugado con un montón de soberanos que supuestamente le había robado a su marido. El chisme había partido de una lavandera, por lo que no se le podía conceder mucho crédito. Y ahora era la espeluznante noticia del crimen lo que había conmocionado la región.

El asesinato había tenido lugar la noche del nueve de junio, y, como era natural, no se había hablado de otra cosa desde entonces. A pesar del desprecio que inspiraba en los aldeanos, el marqués de Sywell era un miembro de la aristocracia y consecuentemente se llevaría a cabo una exhaustiva investigación del crimen. Algunos decían que el propio príncipe regente había encargado que se le hiciera un informe.

Olivia no se había acercado a la abadía desde aquella horrible mañana de noviembre, el año anterior, cuando Sywell había amenazado a su hermana con un arma. Lord Ravens-

den había logrado desviar su atención, y Olivia había conseguido que el marqués errara el disparo, pero Harry se había caído del caballo y a punto había estado de perder la vida.

Desde entonces, Olivia temía acercarse a la abadía y sus alrededores y siempre se mantenía lejos de ella allá donde fuera. Desde la boda de su hermana había trabado amistad con varias jóvenes de las cuatro aldeas. Una de sus mejores amigas era lady Sophia, la hija del conde de Yardley. Pero Sophia se había ido a la temporada social en Londres y había acabado comprometida. Robina Perceval, la hija del párroco de Abbot Quincey, también había ido a Londres, pero en su última carta le contaba a Robina que la habían invitado a Brighton.

Olivia volvió a suspirar. Su desánimo era ridículo, pero no podía evitarlo. Todo le parecía muy distinto aquellos días.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Nan, entrando en el salón—. ¿Por qué no sales a dar un paseo, Olivia? Hace una tarde espléndida, y tal vez te encuentres con alguien.

Olivia se volvió con una sonrisa. Era una chica preciosa y delicada, con unas finas cejas

oscuras y una melena rubia… un contraste extraordinario que siempre atraía las miradas de los hombres. Sus ojos eran azules, aunque a veces adquirían una tonalidad verdosa. Pero su belleza alcanzaba su máximo esplendor cada vez que sonreía.

—¿Tanto se me nota? —preguntó, sabiendo que Nan no mostraría tanta compasión por ella como su hermana—. Ya sé que no debería tener mala cara. Pero echo de menos a Beatrice.

—No eres la única que la echa de menos en esta casa —dijo Nan con el ceño fruncido—. ¿Por qué no te vas a vivir con ella? Te lo ha sugerido muchas veces.

—Me ha pedido que la acompañe a ella y a Harry a Brighton, el mes que viene —respondió Olivia, arrugando la frente—. ¿Crees que debería ir, Nan?

—Casi todos tus amigos estarán allí —observó Nan—. Algún día tendrás que dar la cara, Olivia. No puedes refugiarte en esta casa para el resto de tu vida. A menos que quieras caer en desgracia…

—No, no, claro que no —se apresuró a ne-

gar Olivia—. No tengo miedo de dar la cara. Además, Harry le ha dicho a todo el mundo que yo no lo rechacé, sino que acordamos separarnos porque él se había enamorado de mi hermana. Puede que la gente no se lo crea, pero todos aceptarán lo que él diga y nadie se atreverá a criticarlo.

—El dinero y el poder son más convincentes —admitió su tía—. Y no puedes culpar a la gente por su reacción, aunque en mi opinión hiciste lo correcto. Lamento que los Burton te hayan tratado tan duramente, querida. Fue muy descortés por su parte repudiarte sólo porque decidiste que no te casarías con lord Ravensden... Pero les estás dando la razón al recluirte aquí. Lord Ravensden te dejó una suma muy generosa. ¿Por qué no la aprovechas? ¡Demuéstrales a todos esos cotillas que ninguno está a tu altura! —le dedicó una sonrisa a Olivia—. Sé que a veces no te parezco muy comprensiva, querida, pero lo soy a mi manera. Me gustaría verte feliz, y es obvio que en estos momentos no lo eres.

—He intentado serlo aquí, contigo y con papá —dijo Olivia—. Lo he intentado de ver-

dad, Nan. Pero todo el mundo parece estar en Londres o en Brighton. Siempre he estado acostumbrada a la compañía, y me canso muy pronto de estar sola.

—No todo el mundo se ha marchado —señaló su tía—. Esta mañana he visto a Annabel Lett en la aldea. Me pidió que te recordara que le habías prometido hacerle una visita y llevarle un libro de cuentos para su hija.

—Sí, es verdad —respondió Olivia, repentinamente más animada—. Era un libro de cuentos de hadas, con ilustraciones preciosas, que me regalaron de niña y que había traído conmigo. Gracias, por recordármelo, Nan. Iré a verla ahora mismo.

—Me parece muy buena idea —aprobó Nan—. Y cuando vuelvas, podrías escribirle a tu hermana… y decirle que estarías encantada de acompañarla a Brighton.

—Sí —dijo Olivia, y besó a su tía en la mejilla—. Gracias por tus buenos consejos, Nan. Tal vez fuera una ligera reprimenda lo que necesitaba. Mi padre es siempre tan amable…

—Y siempre está inmerso en su trabajo —añadió su tía—. Ni él ni yo somos la compañía

adecuada para una joven como tú, Olivia. Te queremos mucho, pero no podemos darte gran cosa. Tienes que vivir tu propia vida... y no creo que encuentres tu sitio haciendo mermeladas o pasteles.

Olivia se echó a reír.

—Si supiera cocinar como Beatrice, quizá me resultará una tarea fascinante. ¡Pero ni siquiera el hijo del granjero Ekins se comería mis pasteles!

—Podrías aprender con el tiempo, pero ¿para qué? No, querida. Creo que deberías irte a Brighton con Beatrice y lord Ravensden. Quizá entonces puedas decidir lo que quieres hacer con tu vida.

—Has sido muy amable viniendo hasta aquí —dijo Annabel aquella tarde—. A Rebecca le encantará escuchar los cuentos y ver los grabados. Nunca ha visto un libro como éste. Sería demasiado caro para mí.

El libro contenía varios grabados en madera representando personajes y escenas de los cuentos, y algunos estaban coloreados a mano.

Era uno de los muchos y costosos regalos con que habían mimado a Olivia de niña.

—Estoy muy contenta de que lo tenga —dijo con una sonrisa—. De niña me pasé muchas horas admirando sus dibujos. ¿Rebecca está en su cuna?

—Sí. Acababa de acostarla cuando tú llegaste. Tiene que dormir su siesta.

—Entonces no debemos molestarla.

—Pero te quedarás a tomar el té, ¿verdad?

—Gracias —aceptó Olivia, sentándose—. Las noticias sobre lord Sywell son espeluznantes, ¿verdad?

—Sí que lo son —corroboró Annabel, sacudiendo la cabeza—. Se cuentan tantas cosas que es difícil distinguir entre la verdad y la mentira.

—A mi tía le dijeron que el marqués estaba desnudo...

—Se cuentan cosas peores —dijo Annabel—. Son tan horribles que no me atrevo ni a repetirlas... pero parece que hubo una terrible lucha.

—Sí, eso nos han dicho.

—El asesino debía de estar cubierto de sangre.

Olivia se estremeció.

—¿No podemos hablar de otra cosa?

—Sí, claro. ¿Cómo está lady Ravensden? ¿Has recibido noticias suyas últimamente?

—Bellows me trajo hoy una carta suya de la estafeta. Está muy contenta y feliz. Ella y lord Ravensden van a irse a Brighton el mes próximo, y me han pedido que los acompañe.

—Qué detalle… —dijo Annabel—. Eres muy afortunada al tener esa oportunidad, Olivia.

—Sí, lo soy —admitió Olivia—. Si Beatrice no se hubiera enamorado de lord Ravensden, nuestras vidas habrían sido muy diferentes. Tenemos más criados en casa y no nos falta de nada. Mi hermana y su marido han sido muy generosos.

—Sí… —una extraña expresión cruzó el rostro de Annabel—. Tu hermana no esperaba casarse ni en sus mejores sueños.

—Creo que Beatrice no pensaba casarse hasta que conoció a lord Ravensden. El suyo fue amor a primera vista.

Annabel asintió con expresión ausente, como si tuviera la cabeza en otra parte. ¿Estaría

pensando en el marido que había perdido? Nunca habían hablado de él, a pesar de su creciente amistad. No parecía que Annabel quisiera remover el pasado, y Olivia era demasiado considerada para hacer preguntas impertinentes.

—Mi tía Nan opina que debería ir a Brighton —dijo—. Me ha dicho que tengo que enfrentarme a los cotilleos. No sabe lo crueles que pueden ser algunas personas... Más de una me ignorará por completo.

—Pero a ti no debe importarte. Lady Ravensden será bien recibida en todas partes… ¿No crees que la gente esté preparada para perdonarte?

—Tal vez. Y me limitaré a ignorar a quien no lo esté —declaró Olivia con valentía—. Ahora, dime, ¿qué te pareció el sermón del reverendo Hartwell del domingo pasado?

Olivia caminaba pensativa mientras bordeaba las tierras de la abadía para volver a casa. Le resultaba muy extraño pensar que la abadía estaba abandonada, salvo quizá por Solomon Burneck.

Seguramente el mayordomo del marqués seguiría viviendo allí hasta la llegada del nuevo propietario.

¿A quién pertenecía legalmente ahora la abadía? Olivia no lo sabía. Cada uno tenía una opinión diferente al respecto, aunque Olivia sospechaba que, en el fondo, casi todos querrían que la abadía volviera a manos de la familia Yardley.

Todo dependería de si se encontrara o no a un heredero. Y ya que nadie parecía saber si el marqués de Sywell tenía algún pariente lejano, las especulaciones se alargarían durante muchos meses.

Pero el destino de la abadía Steepwood no ocupó sus pensamientos por mucho rato. ¿Qué iba a hacer con su propia vida?

Desde que lord Burton, con quien se había criado, la había desterrado, confinándola a una aldea perdida, Olivia se había negado a reflexionar sobre su crueldad y a abandonarse a la autocompasión. No tenía sentido llorar por lo que no tenía solución.

Al principio se había esforzado por adaptarse a la vida en Abbot Giles. Le había tomado

un rápido afecto a su querido padre, pero ¿quién no sentiría simpatía por un hombre como él? En cuanto a su tía, sabía que la veía como a una niña inútil, pero no era dura con ella y las dos se llevaban muy bien.

Olivia no era desgraciada, pero tampoco feliz. No sabía en qué ocupar su tiempo, ahora que ni ella ni Nan tenían que ocuparse de las muchas tareas que desempeñaban cuando sólo tenían a Lily, Ida y Bellows para atender la casa.

La habían educado como a una dama. Había aprendido a leer, escribir y calcular; había estudiado un poco de historia, de arte y de música, y era muy hábil haciendo bordados; tocaba el piano y el arpa, cantaba y dibujaba.

Quizá si se hubiera casado con un aristócrata importante, habría llegado a ser una brillante anfitriona que convertiría su salón en lugar de encuentro para artistas, poetas y políticos. Pero todo eso quedaba ahora muy lejos. Había rechazado a un hombre, a un hombre muy importante y distinguido, y no esperaba recibir una segunda oportunidad. A los caballeros no les gustaba que les tomaran el pelo, y ninguno se arriesgaría a que Olivia los

despreciara. Además, sólo estaba dispuesta a casarse con un hombre al que pudiera amar y que también la amara… tanto como Harry Ravensden amaba a Beatrice.

Pero si no iba a casarse, ¿qué iba a hacer con su vida? Era una chica inteligente y sabía que su educación había sido muy deficiente. Desconocía muchas de las cosas que Beatriz había aprendido, pero su hermana había sido educada en casa por su padre, quien era un hombre extraordinario.

Ella también podía estudiar en casa, naturalmente, y había empezado a consultar libros de la biblioteca de su padre. Unos libros que nunca hubiera pensado leer. Pero a pesar de su determinación por mejorar su educación, no podía evitar el desasosiego. Era una chica muy apasionada y necesitaba una salida para el fuego que bullía en su interior.

Le estaba muy agradecida a Harry Ravensden por las diez mil libras que le había entregado. Aquel dinero le permitía vivir cómodamente y no tener que preocuparse por el futuro inmediato. Sin embargo, ansiaba que se produjera un cambio en su vida. Si hubiera na-

cido hombre tal vez habría aprendido alguna profesión, pero para una mujer había muy pocas oportunidades. Podría ser institutriz o dama de compañía, pero esas mujeres llevaban una vida aún más insípida que la suya.

—Estás siendo muy infantil —se reprendió a sí misma en voz alta—. No te falta de nada... salvo quizá un poco de emoción.

¡Si fuera un hombre…! Así podría enrolarse en el ejército e ir a luchar con los valientes soldados a España.

El discurso del príncipe regente en el Parlamento a principios de año había versado principalmente sobre las brillantes victorias de Wellington en la Península. Una de las más recientes había sido en Badajoz, y había entusiasmado incluso a su padre cuando apareció en los periódicos.

—Se había intentado tomar la ciudad en varias ocasiones —le había explicado a Olivia—. Pero nuestros hombres no contaban con arietes ni con las armas de asedio necesarias. Wellington embarcó a sus hombres en Lisboa y remontaron el río hasta Alcácer do Sal. Tras unos fieros combates, lograron abrir una bre-

cha en las murallas de Badajoz. Pero lord Wellington no se detendrá ahí, te lo aseguro. No quedará satisfecho hasta que haya barrido a todos los franceses de la Península.

Olivia se había quedado impresionada con las heroicas hazañas de aquellos hombres que habían luchado hasta la victoria. En el fondo de su corazón, anhelaba vivir esas mismas aventuras. ¡Qué estupendo sería combatir por la gloria de Inglaterra!

Suspiró mientras llegaba a Roade House. Era muy improbable que alguna vez abandonara las costas de su tierra natal. A lo más que podía aspirar era a visitar de vez en cuando a su hermana y lord Ravensden, y pasar el resto del tiempo lo más provechosamente posible mientras estuviera en casa con su padre y su tía.

—Me parece muy injusto marcharnos y dejarte aquí sola —dijo Olivia, mientras besaba a su tía en la mejilla, una semana después—. ¿Estás segura de que no quieres venir con nosotros? Sabes que Beatrice estará encantada de recibirte.

—Me quedé unos días con ella en Semana Santa —respondió Nan—. Estoy muy bien aquí, Olivia. Empezaré a hacer las conservas de fruta en cuanto tú y Bertram os hayáis ido.

—Volveré dentro de una semana —dijo el señor Roade—. A menos que Ravensden quiera que empiece a trabajar en nuestro proyecto. Pero en ese caso te escribiré para hacértelo saber. Estarás muy bien aquí, hermana. Además, no podía consentir que Olivia viajara sola, aunque Ravensden haya enviado su coche y sus criados para recogerla.

Olivia le sonrió a su padre. Después de que lord Burton la hubiera echado de casa, había viajado desde Londres hasta Northampton en transporte público, y de Northampton a Abbot Giles en un carro. No había sufrido ningún daño, pero había acabado con todo el cuerpo dolorido por las sacudidas y zarandeos. Afortunadamente, las bondadosas atenciones de su hermana la habían hecho recuperarse muy pronto, y ahora le estaba muy agradecida a la familia por sus cuidados.

—Me mimas demasiado, papá —dijo, permitiendo que el mozo de lord Ravensden la

ayudara a subir al coche—. ¿No deberíamos irnos ya? Al cochero no le gustará tener esperando a sus caballos.

—Sí, sí. Vámonos ya. No tiene sentido esperar más —dijo el señor Roade con una amplia sonrisa—. *Au revoir*, Nan. Volveré antes de que tengas tiempo de echarme de menos —subió al coche y se sentó junto a su hija—. Tengo que admitir que estoy deseando ver a Beatrice y a Ravensden. Ravensden me cuenta que ha encontrado los diagramas de la máquina voladora sobre la que me escribió hace unos meses. Sí, va a ser una visita muy interesante...

Olivia se despidió de su tía sacando la mano por la ventanilla. Los extravagantes inventos de su padre le resultaban un poco inquietantes. Aún no había instalado otra de sus cocinas en Roade House, después de la explosión de la última, aunque le había dicho que estaba seguro de que el herrero del pueblo no había seguido sus instrucciones con el diseño anterior.

—La culpa la tuvo un trabajo defectuoso —estaba diciendo ahora—. Le comuniqué a Ravensden mis sospechas y estuvo de acuerdo conmigo. Si él piensa que merece la pena ex-

perimentar con mis nuevos diseños, y creo que los encontrará muy interesantes, haremos que forjen cocinas para Camberwell en una de las nuevas fundiciones. Así el proceso de fabricación y montaje no echará a perder mis planos. Estoy convencido de que no hay ningún error en el diseño.

—Sí, papá, estoy segura de que tienes razón —dijo Olivia, aunque no comprendía ni una palabra de sus teorías—. Yo estoy deseando ver a Beatrice. Ha pasado una eternidad desde la última vez que estuvimos juntas.

—¡Al fin! —exclamó Beatrice cuando Olivia y su padre entraron en el salón. Se levantó y corrió hacia ellos con los brazos extendidos—. Cuánto me alegro de veros, papá, querida hermana...

—Tienes muy buen aspecto, querida —dijo el señor Roade—. Estás radiante. ¿Dónde está Ravensden? Estoy impaciente por ver los bocetos de los que me hablaba en sus cartas.

—Ha salido para ocuparse de unos asuntos… —empezó a explicar Beatrice, pero el

sonido de unas pisadas en el vestíbulo anunció la llegada de Harry—. Ah, aquí está.

Volvieron a prodigarse los saludos. Harry besó a Olivia en la mejilla y estrechó la mano de su suegro. Al cabo de unos minutos de conversación, los dos hombres se retiraron a la biblioteca de Harry a estudiar sus planos, dejando solas a Olivia y Beatrice.

—Papá tiene razón —dijo Olivia—. Tienes muy buen aspecto.

Beatrice volvió a abrazarla.

—Ven y siéntate conmigo, Olivia. Cuéntame las últimas noticias.

—Te conté en mi última carta que lady Sophia va a casarse, ¿verdad? Y los terribles sucesos en la abadía.

—Sí —respondió Beatrice con expresión pensativa—. No puedo fingir que lamente la muerte de lord Sywell. Se había hecho muchos enemigos. Y si todas las historias que se cuentan sobre él son ciertas, sobre cómo corrompió a las mujeres de los comerciantes, se merecía tener un final como el que ha tenido. A muchos maridos y novios les gustaría verlo muerto.

—Sí, supongo —corroboró Olivia—. La gente insinúa que podría haberlo hecho lady Sywell, pero yo no puedo creerlo.

—Yo tampoco —dijo Beatrice—. Si quería matarlo, lo habría hecho al huir... si es que realmente huyó —frunció el entrecejo—. ¿Sabes? Siempre he lamentado que no pudiéramos acabar de explorar las tierras de la abadía.

—Fui imposible. Recuerda que lord Sywell amenazó con dispararte, primero a ti y luego a Harry.

—Sí... —Beatrice sacudió la cabeza—. Bueno, ya está bien de hablar del tema. Lo que quiero oír son cosas sobre ti, Olivia. ¿Has hecho muchas amistades en la aldea? ¿Estás contenta?

—He hecho algunas amistades —respondió Olivia—. Hace unos días visité a Annabel, y ayer por la mañana fui a ver a Amy Rushmere. Las dos te mandan recuerdos. Creo que se te echa mucho de menos en las aldeas, Beatrice.

—Escribo tantas cartas como puedo —replicó Beatrice con una sonrisa—. Pero apenas tengo tiempo. Harry y yo viajamos a Ravensden, a visitar sus tierras en el norte, y después

pasamos unas semanas en Londres. Tendrías que haber venido con nosotros, Olivia. Algunas personas me preguntaron por ti.

Olivia se sonrojó.

—Sí, estoy segura de que muchas personas querrían seguir siendo amigas mías.

—Oh, creo que mucha gente estaría dispuesta a serlo —replicó Beatrice—. Son muchos los que critican el comportamiento que lord Burton tuvo contigo, y hace meses que no se ve a lady Burton. Creo que se ha instalado en Bath y que sólo recibe a sus amistades más íntimas.

—Oh, pobre lady Burton —se lamentó Olivia—. No fue culpa suya. Se le ordenó que rompiera toda relación conmigo y no le quedó más remedio que obedecer.

—Creo que debe de estar sufriendo —dijo Beatrice—. Si surge la oportunidad, quizá deberías intentar acercarte a ella.

—Si… si ella lo desea, por mí de acuerdo —aceptó Olivia—. Pero no voy a suplicar que se me perdone, Beatrice. Creo que hice lo correcto…y seguro que estás de acuerdo conmigo.

—Sí, claro que sí —afirmó Beatrice—.